ECOS DE LA VIDA LITERARIA

Al margen

DE UNAS LITERATURAS PRETERIDAS

«Como persona española que pretende tener un conocimiento completo de lo que sucede en nuestras tierras, literariamente hablando —escribe un amable comunicante—, me extraña que en sus páginas no se dedique un espacio, aunque sea mensual, a la crítica de libros escritos en vasco. Según la estadística de 1971, salieron 46 libros en vasco. ¿No puede entrar en su amplia sección literaria una alusión a tales libros?» Y adelantándose a la azarante confesión de mi supina ignorancia en punto a dicha lengua y su literatura, extrema la amabilidad sugiriendo que la bilbaína Academia de la Lengua Vasca indicaría la persona idónea que se encargara del cometido.

No hay motivo para dudar del éxito de esa gestión, ni de su oportunismo. Pero no me atrevería a decir otro tanto de su eficacia. Pues aunque uno esté con el viejo don Marcelino, donde clamaba que todo español culto debiera conocer las lenguas del país, y a ser posible aprendidas en el bachillerato, empieza por presentar en su propia formación y su comercio intelectual ese fallo para con el vascuence; y, lo que es harto peor, sospecha que buena porción de los propios vascos no presentan mayores disposiciones en este particular. Piensa, en fin, que —lamentable cuanto se quiera— si los 46 libros de marras, poco o nada han movido la pluma de la crítica militante, y escasa, de las cuatro provincias entrañadas con aquella literatura, de menos provecho aún iba a resultar lo que aquí, sin el soporte de su público potencial, se especulara en torno a ese quehacer literario.

A esta consideración, dura sólo en apariencia, me ha llevado la lectura de un luminoso y realista trabajo de Xesus Cambre Mariño, en el reciente extraordinario de «Cuadernos para el diálogo», partiendo de la sombría hipótesis vertida en la revista «Grial» un año atrás: «O idioma galego pode morrer nista década que estamos a encetar». Que la lengua, esto es, religiosamente preservada por el paisanaje, también en razón del aislamiento de las parroquias, desde los tiempos medievales en que la sociedad gallega quedó políticamente subordinada a Castilla; en esta hora de las comunicaciones y del imperio de los audiovisuales corra riesgos de tener contados sus días. Pese a los tangibles progresos de la editoría en gallego, si en cuatro lustros mal contados alcanzó el medio centenar de títulos al año. O, vaya de paradoja, precisamente por eso: pues es logro que, habida cuenta la parvedad de las tiradas, no supone allá de un libro por cada treinta gallegos o, mudando el orden de factores, una masa de diez o doce mil lectores —intelectuales, profesionales, estudiantes universitarios— sobre una población de tres millones, y otro más en la emigración.

Sin excesivas posibilidades de aumento mientras el vernáculo brille por su ausencia en la enseñanza y no cobre carta de naturaleza en los medios de información; y más cuando la lengua oficial penetra hasta las más repuestas capas de analfabetismo real o funcional merced al martilleo de los medios audiovisuales de comunicación, ayudada asimismo por el presente frenesí educacional y la triunfante filosofía del éxito. Posibilidades mermadas más, si cabe, por el hecho patente de que el libro gallego «no llega a la médula del alma popular» de Galicia y se mueve más bien dentro del círculo cerrado de un pequeño sector de la clase media culta». Sabemos bien la hermosura y la carga de los más de los poemas acopiados por el profesor Basilio Losada en su modélica antología —texto original y versión poética castellana— «Poetas gallegos de posguerra »(Ocnos); y el calor popular dispensado a tantos poemas de un Celso Emilio Ferreiro, por ejemplo. Pero una cultura no se alimenta sólo de poesía y fabulación. «Para comenzar a hacer solidaria la masa de la población gallega con el problema del irredentismo idiomático sería necesario —apunta Cambre Mariño— que la literatura gallega, los libros gallegos, fuesen un reflejo más auténtico de los verdaderos problemas y aspiraciones del país; principalmente de sus clases más numerosas: obreros, marineros y campesinos. Por no caer en lo de los «clercs» humanistas que siguieron con su latín —gallego, en este caso— mientras el pueblo se expresaba «en román paladino», que ya es el de los audiovisuales.

Ocioso es encarecernos las cortapisas al normal desarrollo de una lengua vernácula y los medios óptimos —aprendizaje, vehículo de enseñanza y medios de comunicación— para fomentarlo. Y de cerca nos tocan los esfuerzos continuados, las cotidianas conquistas en la consecución de ese logro. Más válidos donde el escritor no se desentienda de la realidad social que lo sustenta; y donde la literatura de creación se acompañe con la de los investigadores, teorizadores y divulgadores. Lo que, con todos los respetos, no parece abundar en la editoría gallega y, perdón por mi ignorancia, en la éuskera. — M.

TELEVISORES UHF
las mejores marcas
SIN ENTRADA
Desde 150 PTS. SEMANA
Tel. 241 65 99
Todas horas. Servimos al día.

DE UN MONUMENTO BARCELONES

SALVA PARA IGNACIO AGUSTI

«En pocos años todo había dado una zancada terrible. Los tiempos ya eran otros. Sólo Dios permanecía inconmovible. A flor de piel, rozándola con un tacto impreciso, al volver de la finca sentía algo que bien pudiera ser El, sobre el tiempo y las cosas.» Así, con esta pacata, acorada confesión del narrador se cierra un vasto ciclo novelesco emprendido va para treinta años y al hilo de otra declaración. ¿Cómo sonaba aquello? Tanto tiempo pasó, las travesías de una vida nada pacífica, y lo recuerdo cual si leyera ahora mismo: «Mi ciudad alcanzaba su cima sin perder un ápice de su encanto recoleto. Cada barrio tenía su parroquia...». Un mozo recién casado y con su primera estancia larga en tierra extraña, sumido en un clima tan inhóspito como pudiera resultarle el Zurich de espionaje y tráfico en plena conflagración mundial, se desquitaba de la cotidiana servidumbre de corresponsal de este periódico haciendo mentalmente pie, por cobrar fuerzas, como Anteo, en su tierra. No, me equivoco, que otro era el comienzo: «Hablo de muchos años atrás». Y habló, escribió, sin dar reposo a la pluma. Tanto, que en los recortes de un par de meses dio fin a su novela, y tenía claramente fijadas las líneas maestras de la gran saga de Barcelona que hoy llega a cumplimiento. Y fue «Mariona Rebull»; primera hoja del político «La ceniza fue árbol», un arco tendido sobre cien años de nuestra ciudad y nuestras gentes.

He devorado las casi seiscientas grandes páginas de «Guerra civil», quinto y último postigo de la imponente obra. Imponente, sí, por muchos que sean los años que su autor, viviéndola y desviviéndose, aparentemente distraído en otros menesteres o atrapado por serias dolencias, frenéticamente escribiéndola en otros períodos, por la mitad de una vida, en fin, que ha invertido en llevarla a feliz término. Imponente, asimismo, por el mantenido talante, la íntima cohesión, la invariabilidad del trazo, lanzado y tenso de un cabo al otro de las tres mil páginas que forman este edificio único y cabal, armónicamente modulado en sus distintos cuerpos. Sin esa mezcolanza de estilos, no siempre conjugados, que es la pesca de templos y demás fábricas cuyas obras se dilataron a compás de tendencias y épocas. Acorde, pues, con tantas y cimeras realizaciones literarias en que, si no es por curiosidad erudita, lo que menos importa es saber cuántos años, y a costa de qué penalidades y renuncios del autor, tardaron en cumplirse; y, si me apuran, ni nos entretenemos en averiguar si se inscribían en los módulos de su tiempo o si bogaban contra corriente. Pensemos, por ejemplo, en la infinidad de obras póstumas y en las no pocas desdeñadas en su día y aupadas por la fama mucho después de muerto su autor.

¿Novela sin edad? No tal; que la tiene, y muy concreta. Lo que quiero decir es que la conserva, una y lozana, de punta a punta, sin evidencia de los años y modas que se alternaron entre la última y la inicial de las frases antes citadas. Sin poner mientes en los desfiles de temporada, ea. No como tantos, que, en el mismo o menor transcurso, sucesivamente vimos clamando a dos por tres Señor, Señor, y aparta de mí este cáliz, para identificarse a seguido con «bidonvilles» y rencor social y ateniéndose a un lenguaje de transcripción magnetofónica, aboninando después de los personajes por no fiar sino de la piel, tamaño y colocación de las cosas, para terminar —por ahora— en los monstruos de la fantasía, el revoltijo de a ver qué sale y, como vehículo, la abracadabra de una lengua turmixizada. Al aire de lo que afuera se cocía, y frenéticos en no perder el autobús, un autobús, bien sabemos, que ya llegaba con retraso. Y peor cuando los tales eran de los viajados, de esos a quienes París o Londres convierten indefectiblemente en provincianos que presumen de innovadores: en metecos, como los argentinos de mis tiempos (en lo que se convierte el barcelonés metido en esas trochas, como es notorio; lo que el difundo y polémico Sisquella, que también hiciera su París, tildaba de Archipenkos). Por no decir de quienes, indecisos, y por no acabar, como el asno del escolástico, todas las flores antes dichas, y más que pongan, meten en un mismo saco y nos largan un disparato calidoscopio donde las combinaciones planas alternan con las de bulto, las olfativas o del gusto suceden a las visuales, tácticas o sonoras, lo zafio se baraja con lo requintado y lo pueril.

No es de éstas, en modo alguno, la obra de nuestro decir. Ese su obedecer a un mismo tiempo, a un igual talante, es lo que a sus muchos y saltuarios tomos reúne en un inconfundible «unicum» y les confiere virtualidad y perfil de obra acabada, redonda. Lo mismo que —buscando ejemplo mayor— «Guerra y paz», el «Quijote», la «Ilíada» (¿y por qué no la proustiana «Recherche», mucho más aledaña?): obras completas, en la más estricta acepción del término, que no estudios, instantáneas ni esbozos; respondiendo cada una a un tiempo único, pero válidas para un tiempo cualquiera, es decir, para el inacabable y variado presente que es la humana condición. Obras que podemos leer, una y tantas veces, sea cual sea su edad, y la nuestra, y que a cada lectura nos resultan nuevas, pese a su invariabilidad, nos brindan otras luces e inéditos significados. Sí, los que nuestro insensible formarnos, nuestras propias vivencias, el paso y peso de la edad aportan a nuestro entendimiento del mundo. Y que la magia de la obra hace brotar en apasionado diálogo con sus personajes, con el autor.

Avivado, en lo tocante a «La ceniza fue árbol», y por lo que a mí respecta, con el hecho incuestionable de que el mundo que ahí se nos despliega está muy entrañado en mi propia vividura. Si el autor, Flaubert, pudo decir que «Madame Bovary, c'est moi»; el lector, en mi caso, se reconoce —con su ciudad y su gente— en esta saga barcelonesa. Añorados espectros —mi tío Simeón Vela, don Arturo Pons, don Luis Agustí— se funden con tal personaje y autentizan tantos rasgos de la obra; ésas fueron nuestras familias, nuestros pisos del Ensanche, nuestros veraneos e iniciación a la vida; ésas las experiencias, las empresas, entregas y desengaños que vinieron después; como nos reconocemos en tantos personajes de vez, medianos cuando buenos, rematados cuando malos, sobre el filo siempre de la navaja y tentados por el desánimo; éstos, en fin, los mismos y apagados tornasoles cuando las pasadas ilusiones se ven reducidas a mera materia de archivo, puestas mentidamente a salvo para una ocasión que ya no volverá. Sí, la ceniza fue árbol.

Vale por la ciudad, en sus altibajos; por esa túnica inconsútil pero amarillecida, a pique de rasgarse en cualquier mal momento, que fue la familia; y vale por uno mismo, por ese personaje de personajes que es la saga entera. Que es el autor. Que es, con nuestras tres generaciones de amistad, de ese andar a momentos a una, enzarzados a veces, que es la amistad, desde los días remotos de la colonia estival de Moncada —cuando las Lozano y los del Río, los bonet, los hermanos de Rafael, las Salvans y toda la tribu de Reixach y Vallensana—; cuando nuestros primeros escarceos literarios, y desde la común dedicación periodística, como en los días de la revolución y la guerra, y en los duros y los felices, y los conformados, años de después: que es, concluyo, la de uno mismo.

Y de cuantos, leyendo ahora que el ciclo se cierra con «Guerra civil»; leyéndola mañana, o sabe Dios dentro de cuánto tiempo, cuando ni sepan quiénes y cómo fuimos, ni a qué escuela o facción pertenecíamos; de cuantos, insisto, ante esta «Oda nova a Barcelona», sepan reconocerse. En esta completa Comedia, humana por exquisitamente barcelonesa.

Juan Ramón MASOLIVER

Ignacio Agustí: «La ceniza fue árbol: 5, Guerra civil». Editorial Planeta, Barcelona.

MESA DE REDACCION

PROMOCIONES QUE MATAN

Dicen que en España se coloca muy cerca de los 4 libros por habitante y año, y calculan que este índice será superior a 6 para 1975. En tan notable incremento alguna parte tendrá la legión de vendedores a domicilio, que en tenacidad no cede a los denostados corredores de seguros. Y no es que tengamos nada contra tales vendedores. Con el hato al hombro, despeándose por las serranías de Ronda y Granada, librero ambulante fue Juan de Dios y llegó —aunque no precisamente por esto— a santo. Pero no acaba uno de estar conforme con el desahogo de alguno de esos ambulantes, ciertos vendedores de enciclopedias llamadas escolares —y constan de diez o doce tomos— que se patean los suburbios y los pueblos del cinturón a caza de incautos: los padres de los alumnos aventajados, contando con los buenos oficios del maestro (engolosinado con un ejemplar de la obra). Su hijo ha sido premiado, viene a decir. Y el «premio» cuesta como seis mil pesetas; a pagar, eso sí, en cómodos plazos. Sobra decir que los halagados papás no son ingenieros o notarios, precisamente, sino trabajadores sin cualificar. Pertenecen a esa masa inmigrante que, pese a sus pocas letras, se afana porque los hijos lleguen a tener una carrera, gocen de mejor condición social que sus mayores. El auténtico truco de la «estampita» cultural. Que valdrá para que el incremento en el consumo de libros sea de ventas, no de lecturas. Y para distraer de más eficaz empleo unos ahorros duramente acopiados.

MISION Y DESARROLLO

Nos hemos referido alguna vez a la obra que, a través del Centro de investigación y promoción del campesinado, están realizando en Bolivia los jesuitas catalanes; de unas declaraciones de los dirigentes de la obra recogemos estos puntos: «Nuestro deseo —dice el padre Francisco Santiago— es concienticar al campesino para que busque su progreso, utilizando los servicios que se le ofrecen... Se les explica sindicalismo: su historia, sus reglas de juego, su significado para la clase campesina. Se les explica la historia del pueblo, en especial la historia del pueblo aymara, antes del incanato, en la época de los incas, la colonia, la república y lo que todo el proceso ha significado para su estructura social y sus aspiraciones. Hablamos de la constitución política del Estado, de la organización del Gobierno. Hay unas sesiones de Teología de la Liberación, para darles una visión cristiana del progreso en función de un Evangelio liberador. Les enseñamos a leer bien la prensa diaria, a saber interpretar las noticias de la radio, etcétera.» Y el padre Javier Albó, a seguido, concreta: «Después está todo lo que ellos generan por sí mismos. Ellos discuten los temas por grupos, hacen un esfuerzo para aplicar lo aprendido, en sus respectivas comunidades. Hablando después con ellos, más de uno nos ha dicho que en el cursillo había descubierto que era capaz de pensar por su cuenta, de analizar, de solucionar problemas... Es también muy interesante la experiencia del socio-drama: el campesino aymara tiene una capacidad extraordinaria de dramatización y lo demuestran con representaciones espontáneas de lo que ellos han captado o de los problemas que viven en sus comunidades.» Bien, por los religiosos barceloneses; pero, ¿no han pensado en la posible conveniencia de algo análogo, de esta parte del mar?

UN ETNOLOGO PARA LA LENGUA DE OC

La ocasión del álbum que completa los tres centenares y medio de títulos de la serie infantil del «Père Castor», de la que en cuarenta años lleva colocados veintidós millones de ejemplares (y tiene números traducidos en dos docenas de lenguas), la editorial Flammarion ha querido señalarla dando un «Louis du Limousin» en doble versión: francesa y occitana, habida también cuenta de la parte que los lemosines tienen en el equipo redactor. Hasta aquí nada que objetar. Pero no esté de más el comentario que, en el suplemento de «Le Figaro», y en este 1972 de la Europa de las patrias, sugiere a Pierre Lebedel: «Un bel exemple de régionalisation. A quand des albums en breton, alsacien, etc.?». Y la noticia de que un etnólogo (?) ha sido menester para revisar el texto al objeto de hacerlo accesible a los no iniciados y tener en cuenta las «différentes pronunciations du terroir». Oh la France!

UN CONSUELO PARA LOS COLERICOS

Contrariamente a quienes suponen que el berrinche es buen camino para el infarto, resulta ahora que el subirse a la parra y echar sapos y culebras es buena terapéutica para alargar la vida (y vete a saber si, por lo mucho que braceó y vociferó en las tablas, no radicó ahí el secreto de la nada corta vida de un Enrique Borrás). Por lo menos así lo proclama el psicoanalista norteamericano Theodore Isaac Rubin, cuyo «Nosotros, los demás y la ira» es un consumado arte de saber salir de sus casillas y descargar en caliente su cólera (no en frío como sucede con la venganza, tóxica siempre), que constituye óptimo modo —por lo mismo que la ira pertenece a la familia del amor— de disipar cualquier nube entre seres queridos. El quid está, según nuestro autor, en sulfurarse sin perder el oremus, esgrimiendo, esto es, argumentos contundentes y estando menos enfurecido de lo que se aparenta. Así se disuelven rencontres y liman asperezas, se da paso al perdón y el olvido (el tragarse la rabieta, en cambio, engendra angustia y se resuelve, a la larga, en la forma crónica de ira que es la hipocondría). Ventajas de la edad y sabiduría de la experiencia; pues este Rubi, que así nos tranquiliza a los de los «prontos», es el mismo que, años atrás, perpetró el guión de un blandengue «David y Lisa». Que, cabe suponerlo, a su propio autor produciría —en tomar cuerpo sobre la pantalla— un monumental y liberador cabreo.

ACATANDO UN LUGAR COMUN DE LA HISTORIA

El gran novelista portugués Ferreira de Castro toma desquite de los días, próximos, en que la televisión de su país hacía mil malabarismos con sus cámaras para evitar la imagen de buena parte de los escritores de país hermano, y funda en esa razón el motivo de su actual y decidida negativa a aparecer en la pantalla. «Si hay una dignidad humana —dice en el suplemento del "Diario de Noticias", y repiten otras hojas literarais—, hay también una dignidad profesional. Y pienso que se debé respetar la dignidad no sólo de los escritores sino de todos. Y que nadie debe ser excluido por su forma de pensar, tanto más que es lugar común en la Historia que algunas ideas, consideradas pésimas en determinado período, pasaron a ser tenidas, andando el timepo, como excelentes.»

LOS NUEVOS MALDITOS

Poetas malditos, por desconocidos para la sociedad de su tiempo y llamados —en fuerza del sufrimiento en que descansa su obra— a la celebridad, es término que puso en circulación Verlaine con el libro de tal título dedicado a hablar de sus amigos Tristán Corbière, Rimbaud y Mallarmé (en la segunda edición añadiría la Desbordes-Valmore, Villliers de L'Isle-Adam y el «Pauvre Lélian», o sea, bajo claro anagrama, él mismo. Y fue buen profeta. Ahora el poeta y editor Seghers reúne en «Poètes maudits d'aujourd'hui, 1946-70» una docena de desaparecidos amigos suyos, suicidas, o indirectamente tales por su vida de miseria y desarreglo. Alguno merecidamente famoso, tal Artaud; otros con renombre tardío, cual André de Richaud, Harle Voronca, Armand Robin; de los demás —Salabreuil, Prével, André Frédérique, Gérald Neveu...—, allá veremos. Veremos si el bueno de Seghers es tan cumplido augur como Verlaine.

LOS LIBREROS RECOMIENDAN

«Sobre la agresión: el pretendido mal», de Konrad Lorenz. Siglo XXI (1). «Crímenes ejemplares», de Max Aub. Lumen. (2).

«Hacia una vejez dichosa», de Marcelle Auclair. Iberia (3).

«Acuerdo preferencial C. E. E. España y preferencias generalizadas», de Ramón Tamames. Dopesa (4).

«Historia de España», de Ramos Oliveira. Oasis México (5).

«Seguridad Industrial» (Prevención de accidentes), de Roland P. Blake. Diana (6).

«Antipsiquiatría, una controversia sobre la locura», de H. Heyward y M. Varigas. Fundamentos (7).

«Un viaje de Invierno», de Juan Benet. La Gaya Ciencia (8).

«Los monopolios en España», de Ramón Tamames, 7.ª ed. Cero (9).

«Guarderías infantiles», de F. Davidson y otros. Nova Terra (10).

«Diálogos con las madres de niños normales», de Bruno Bettelhein. Barral (11).

«Antología del humor negro», de André Breton. Anagrama (12).

«Groucho y yo», de Groucho Marx. Ediciones de Bolsillo (Tusquets) (13).

«Historia del gusto», de Galvano della Volpe. Alberto Corazón (14).

Librerías consultadas: (1) Ancora y Delfín. (2) Argós. (3) Bosch. (4) Cabo Reus. (5) Casa del Libro. (6) Castells. (7) Claris. (8) Drugstore. (9) Hogar del Libro. (10) Hormiga de Oro. 11) Les Punxes. (12) Mediterránea. (13) Metropolitana. (14) Porter. Compilado por Javier Romani, Información Librera.

EDITORIAL PORTIC
Jaume Miravitlles
EPISODIS DE LA GUERRA CIVIL ESPANYOLA
REVELACIONS INÈDITES
De venda a totes les llibreries - Preu 250 ptes.